



Benjamín Labatut

La Antártica empieza aquí



ALFAGUARA



Benjamín Labatut

La Antártica empieza aquí

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
La Antártica empieza aquí
La cura de Ana
No me digas que no te acuerdas
Club de campo
Deseo
Países Bajos
Alfredo en cama
Sobre el autor
Créditos
Grupo Santillana

*Para Samir Nazal;
un hombre solo no muere.*

*When there is nothing left to burn you
have to set yourself on fire.*

DOUGLAS CAMPBELL

La Antártica empieza aquí

Un verdadero soldado no es un hombre.

A los sesenta y cuatro años, el poeta Karol Vasek fue postulado al Premio Nacional de Literatura, para sorpresa tanto del mundo literario como de la mayor parte de los lectores chilenos. Los otros dos candidatos eran escritores consagrados, uno de ellos había ganado el Príncipe de Asturias menos de un año antes y se asumía que sería él quien lo recibiría a modo de reconocimiento posterior. Aunque cualquier escritor chileno podía ser postulado al premio, parecía imposible que el jurado aceptara a Vasek. De su vida se sabía poco o nada: había nacido en el sur de Chile, publicado solo cuatro libros de poemas casi imposibles de encontrar y servido brevemente en el Ejército chileno durante los años previos a la dictadura.

Cuando supe de su postulación yo estaba a punto de perder mi trabajo en la sección de cultura de una revista de política. Preso del pánico que siempre sentía ante la reunión de pauta semanal, propuse a Vasek para salir del apuro, dando por sentado que iba a ser rechazado. Aunque no había leído una sola palabra de lo que había escrito, improvisé una historia a partir de lo que pude averiguar en Internet. Casi todo estaba en sitios de grupos de extrema derecha, con nombres ridículos como «Renacer Chileno» y «Martillo del Sur», pero el tema del nazismo había reaparecido en la prensa, así que bastó con mencionar que Vasek había servido en el Ejército, además de unos pocos detalles (que era descendiente de checos, que escribía en español y alemán), para que me asignaran el tema, siempre y cuando pudiera conseguir una entrevista con el poeta.

Ya circulaba el rumor de que ese iba a ser mi último mes en la revista. Los roces con mi editor habían alcanzado su punto máximo cuando me negué a cambiar uno de mis ar-

títulos y deshice sus correcciones en el programa de edición. Cuando la revista ya estaba impresa, me llamó a su oficina y me dijo que si volvía a hacer algo así no me molestaría en volver al trabajo. Me fui sin decir una palabra. ¿Qué le iba a decir? ¿Que estos eran mis primeros pasos para convertirme en escritor de verdad? Lo cierto es que ya no me importaba si me despedían o no. Tenía veinticuatro años y llevaba uno trabajando como periodista, pero lo que realmente quería era ser escritor. Una decisión valiente, pensaba yo, algo con lo que había soñado durante toda mi vida. No era una vocación como cualquier otra: ser escritor, como ser soldado o samurái, tenía que ver con una postura violenta frente a la realidad, una oposición activa, una resistencia sin compromisos y sin tregua. La normalidad, la rutina, la felicidad eran para los demás, mientras que la vida del escritor servía para acercarse al abismo. Dónde estaba el abismo y qué se hacía cuando se alcanzaba ese punto era algo que no sabía. Supongo que quedarse mirando hacia adentro.

Era ridículo, pero en esos momentos me dominaba una pulsión incontrolable hacia la literatura. Comencé a adquirir hábitos raros. Prácticamente no dormía para poder leer y era incapaz de salir de casa sin llevar varios libros. Espiaba los computadores de mis amigos y de mi familia, leía sus correos, robaba mensajes de sus celulares y los apuntaba en una libreta llena de ideas e historias que nunca llegaba a desarrollar. En el trabajo me escondía en el baño para poder leer, e incluso hoy asocio algunos autores con el olor a mierda de mis colegas y la marca de cloro que usaban las mujeres del aseo. Todo me parecía una pérdida de tiempo frente a la necesidad de leer, de preparar lo que yo iba a escribir. ¿Cuándo? Eso no era importante. Los buenos escritores —los que yo consideraba buenos escritores— triunfaban en la madurez. La juventud no era para escribir, sino para leer, para viajar, para pasar hambre y frío; la juventud servía para endurecerse, para construir un castillo. Desde que había dejado la casa de mis padres, vivía con una amiga sin pagarle el arriendo. No tenía planes, no tenía novia,

descuidaba mi salud y el poco dinero que ganaba, y supongo que de alguna manera lograba sentirme valiente, pero la verdad es que solo era un pendejo.

El artículo sobre Vasek prometía ser un desastre. Salvo por las páginas nazis que lo mencionaban, no había prácticamente ninguna información sobre su vida, su obra, ni nada que uno pudiera asociar a una carrera poética de casi cuarenta años. Ninguno de mis amigos poetas o escritores habían escuchado hablar de él, y las editoriales que lo habían publicado habían desaparecido hacía décadas o sencillamente no empleaban a nadie que lo hubiera conocido.

Solo un viejo librero, que tenía una colección impresionante de poesía chilena en su tienda de Manuel Montt, recordaba vagamente uno de sus primeros libros. Un hueón bien raro, me dijo cuando lo fui a visitar, un poeta menor pero interesante. Raro como quién, le pregunté. No supo responderme, no lograba recordar las imágenes ni el estilo de los poemas, solo la sensación de extrañeza que le habían generado. Lo que sí recordaba era el título (*Pilotos de tormenta*) y dijo que tal vez podía tener una copia en la biblioteca de su casa, aunque no la había visto hacía años y probablemente se hubiera perdido. Antes de irme le pedí que me llamara si lograba encontrar el libro y que preguntara a sus conocidos para ver si alguno sabía de una forma de contactar a Vasek, a sus editores o a cualquiera que pudiera localizarlo para pedirle una entrevista.

Regresé derrotado a la revista. Al final de la semana tendría que presentarle algo a mi editor y cada vez estaba más arrepentido de haber planteado el tema de Vasek. No era la primera vez que me metía en problemas por sugerir un reportaje imposible, y no estaba dispuesto a soportar nuevas burlas de mi jefe. Como no se me ocurría nada mejor que hacer, decidí revisar los archivos de la Escuela Militar.

En una amarillenta hoja de ingreso escrita a máquina, llena de errores de ortografía y manchas de humedad, encontré los siguiente datos básicos: Karol Vasek, nacido Ka-

rol Antón Vasek Geislerová, había entrado a la Escuela Militar a los dieciocho años de edad, hijo de Karol Vasek von Roubal y Catalina Geislerová Pinto. Era un hombre enorme, medía casi dos metros y tenía el pelo negro y liso. La única foto que había en el archivo era de tamaño carné. Mostraba a un joven delgado, con la nariz alargada, cuya punta descansaba sobre su labio superior como si se le fuera a caer de la cara. Sus ojos pequeños estaban completamente desprovistos de brillo, y absorbían la luz. Un adolescente tímido, triste y provinciano. De no ser por su altura, Karol Vasek sería imposible de distinguir de los cientos de jóvenes que se unen al Ejército buscando una salida. O tal vez lo que buscan es una entrada a una vida nueva, a una disciplina, tal vez a una guerra.

Semanas antes, un tipo nuevo había llegado a trabajar a la revista. Federico Silva Fernández, estudiante en práctica, se instaló en el cubículo al lado del mío. Era la persona más deforme que había visto en mi vida, su cuerpo parecía estar hecho con piezas descartadas de otros. Al nacer, le habían tenido que reconstruir el rostro completo con siete operaciones. Sus ojos estaban muy separados entre sí, uno notoriamente más arriba que el otro, en una cabeza que era prácticamente del tamaño del monitor de su computadora. El pelo le crecía en mechones tiesos e irregulares, dejando ver por debajo una piel arrugada y rojiza, y sufría de al menos tres tics nerviosos que lo sacudían como si estuviera recibiendo continuas descargas eléctricas. A pesar de que el labio leporino estaba arreglado, aún le impedía hablar con normalidad. Federico llegó a la revista después de que lo rechazaran en el diario *La Segunda*, cuando la editora lo conoció en persona. Nunca supe por qué lo aceptaron en nuestra oficina; su cuerpo era la antítesis de lo que la revista buscaba encarnar. Algo fallido, feo, pobre. Durante los primeros días no pude ni siquiera mirarlo a los ojos, pero luego, como suele ocurrir cuando nos enfrentamos cotidianamente a lo deforme, todos nos fuimos acostumbrando a

sus defectos, y poco a poco Federico se fue convirtiendo en Fede, el niño de los mandados, el único que llegaba saludando a todo el mundo por su nombre, y el único que estaba tan por debajo de los demás que hasta yo le podía pedir algo de ayuda. Con su llegada, dejé de ser el más joven del equipo, e inmediatamente me deshice de mis peores responsabilidades.

Fede escribía un blog. Al igual que yo, se pasaba el día completo chateando en el computador. En su blog describía su llegada a la revista, sus compañeros de trabajo, posteaba fotos de su sobrina y comentaba los libros que estaba leyendo, algunos de los cuales se los había recomendado yo. Me fascinaba leer lo que escribía sobre mí. Era extremadamente inocente y tenía la costumbre de preguntar mi opinión sobre cualquier cosa. ¿Qué pensaba yo del calentamiento global? ¿Quién ganaría el Nobel de Literatura? ¿Qué importaba más, el poto o las pechugas, Cheever o Carver, Dylan o Elvis, Bolaño o Borges? Al principio intenté ser amable, pero luego me di cuenta de que ni siquiera necesitaba que le respondiera, que se contentaba con tener a quien hablarle en el trabajo. Entonces Fede hablaba y yo escuchaba, o pretendía escuchar mientras hacía cualquier otra cosa. Me contaba de su madre (por la cual sentía una devoción absoluta), de su hermana y de la hija de su hermana, que tenía menos de seis meses y era una de las cosas más importantes en su vida. Me imagino que en parte era porque la niña lo miraba sin asco. También me hablaba de una amiga de la cual estaba enamorado. Su mejor amiga, aclaraba. Obviamente no le correspondía, pero tampoco podía rechazarlo del todo, y la verdad es que pasaban el día completo juntos. Fede no perdía la esperanza. Habían estudiado Periodismo en la misma universidad y ella acababa de terminar con su pareja de toda la vida: era la oportunidad que Fede había estado esperando. Me pidió consejos sobre la mejor forma de conquistarla. Yo le dije que hablara con ella, que le dijera lo que sentía, que la invitara a comer. ¿Qué más le iba a decir? Igual le iban a romper el corazón, igual iba a perder a su mejor amiga. No fue por

maldad, pero yo tenía mis propios problemas en ese sentido.

Dentro de las cosas que creía haber dejado atrás cuando decidí ser escritor estaba mi ex novia. Camila fue la primera mujer con quien había sido realmente feliz. Y eso se había convertido en un problema entre nosotros, tanta felicidad. Su alegría era demasiado doméstica para calzar con mis ideas de una vida literaria, y después de dos años nos fuimos separando poco a poco, entre su insistencia en que dejara de fumar marihuana (o al menos controlara mi hábito) y mi negativa a planificar una vida con ella. Las últimas vacaciones que pasamos juntos fuimos con sus amigas a una casa a orillas de un lago. Era imposible conseguir droga en febrero, y ella se pasaba las horas tomando sol. Aprendió a tejer, compró lana en el pueblo y comenzó una bufanda. Yo la veía crecer, como si fuera una cadena de colores, recostado en una hamaca leyendo mis libros, luego los suyos, los de sus amigas y finalmente todo lo que pude encontrar en la feria de usos del pueblo, convenciéndome de que tenía que dejarla, que tenía que dejarlo todo y que ese era el precio que había que pagar. Porque de eso sí estaba seguro: algo había que sacrificar. Terminamos seis meses después. Luego llegué a la revista y me fui de la casa de mis padres. De vez en cuando recibía noticias de ella, un par de líneas en un mail, un mensajito en el celular. Me cuidaba de no responder.

Fue Fede el que encontró los primeros poemas que leí de Vasek. Como él no tenía nada que hacer durante la mayor parte del día, le pedí que buscara en el archivo de la revista, que tenía casi cien años de información almacenada en un sótano gigantesco. Un viejo ejemplar de la revista *Finis Terrae* dedicado a poetas jóvenes chilenos, incluía dos poemas de Vasek de una docena de versos cada uno y una breve biografía que indicaba que su padre era un ex miembro de la Luftwaffe que había llegado al país como piloto del avión presidencial de Gabriel González Videla. Su ma-

dre era chilena y había trabajado como profesora de piano en la VII Región. Los poemas estaban escritos en español y alemán y hablaban de los hielos que cubren una patria antigua, de hombres salvajes como manadas de lobos y de un guardián que podría ser el propio Vasek o una imagen pervertida de Cristo. Los dos poemas estaban bien escritos, pero ninguno era espectacular, aunque había algo en la métrica que hacía resonar los dos idiomas como si fueran una sola lengua. El efecto se notaba en particular en el segundo —el mejor y más largo de los dos—, que parecía escrito por un niño o corregido por un grupo de niños jugando con tijeras. Guardé fotocopias de los poemas para mostrárselos a mi editor y anoté los datos para tratar de contactar a algún familiar.

Pero el hombre estaba desaparecido. No había forma de dar con una pista, un teléfono o un correo que sirviera para contactarlo. El artículo completo peligraba, y con él mi permanencia en la revista. Un fracaso más era todo lo que mi editor necesitaba para reemplazarme y, sin embargo, hacía dos días que no me animaba a rastrear al único contacto que había logrado encontrar: Pablo Riquelme, coronel en retiro, había sido compañero de generación de Vasek en el Ejército y editor de *Islas que se hunden*, su último libro de poemas. Era también la persona que había llenado los formularios para postularlo al Premio Nacional, donde Fede había encontrado su nombre y teléfono de contacto.

Era algo que me pasaba mucho durante esos primeros años como periodista. Escribir me ponía tan nervioso que podía dejar pasar días enteros perdiendo el tiempo, mirando páginas porno, tomando un café tras otro, sin poner una palabra en la página o tomar el teléfono para fijar una entrevista. Los nervios sencillamente me paralizaban y era incapaz de reaccionar hasta que era demasiado tarde. Escribir mi primer artículo me había tomado casi un mes, y la revista se publicaba todas las semanas. Fue sobre uno de los grandes genios del jazz nacional, Alfredo Cabezas. Un niño prodigio del saxo, con oído absoluto, que había deslumbrado al público en Buenos Aires y París, para luego perder

la cabeza y encerrarse durante más de diez años en su casa, en uno de los cerros de Valparaíso, donde lo encontré yo. El director de la revista en persona me felicitó por el artículo, y de ahí en adelante había podido mejorar, pero por lo general tenía que pasar algo grave para que yo me pusiera en movimiento. Con Vasek no fue la presión de mi jefe, ni el miedo a quedarme sin trabajo, sino algo mucho más sencillo, algo que no debería haber significado nada, que de hecho no significó nada, pero que me hizo crecer adentro una sensación de urgencia, de paso del tiempo, como si todos estuviéramos corriendo hacia el final, o incluso como si ya hubiéramos traspasado el final y lo viéramos por encima del hombro, como una película proyectada, una historia repetida.

Soñé con mi hermano mayor.

En el sueño, me sacaba a dar una vuelta en su auto, un largo recorrido por una ciudad que podía ser Santiago, pero en la cual no lograba distinguir ningún punto de referencia. El paseo podría haber sido agradable (a mi hermano no lo veía desde que se había ido a vivir a España, tres años antes) salvo porque yo sabía que cuando hubiéramos terminado, en el instante en que yo girara para bajarme del auto, él iba a matarme de un balazo en la cabeza. Guardaba una pistola en la guantera. Aunque no podía verla, sabía que era plateada, con la culata negra. Durante el trayecto casi no hablamos, cada uno miraba hacia fuera, yo a ratos veía mi cara en el espejo. Él me preguntaba sobre cosas que veíamos pasar en el camino (una mujer desnuda en el jardín de su casa, dos niños que le tiraban piedras a un perro, un policía en moto, un recuerdo compartido de nuestra infancia) y yo sabía que mi vida dependía de las respuestas que le diera. Sabía lo que necesitaba escuchar, pero no podía sino decir exactamente lo que pensaba. Escuchaba mi voz y me decía ¡para, huevón, para de hablar huevadas!, pero no podía dejar quieta la boca. Él se limitaba a apretar las manos sobre el volante, pasando los cambios con el índice y el pulgar, como si fuera un chofer de micro.

Apenas desperté llamé a la casa del compañero de Vasek. Atendió una mujer. Me costó hacerle entender quién era y qué quería, explicarle que no estaba vendiendo nada y que necesitaba hablar con el coronel Pablo Riquelme. ¿Vivía ahí? ¿Podía pasar a verlo en la tarde?

Riquelme vivía en una villa del Ejército, a pocas cuadras de la Escuela Militar, en la avenida Américo Vespucio. Era un condominio rectangular de una cuadra de largo, protegido por guardias armados y una reja que bordeaba todo el recinto. Hacia el norte, dos torres de departamentos alojaban a los generales en servicio. Cuando llegamos a la entrada, el guardia pidió mis documentos y los del chofer de la revista, anotó nuestros datos y la patente del auto, y nos preguntó a quién veníamos a ver. Al coronel Pablo Riquelme, respondí. El guardia se quedó mirándome a través de la ventana, como si no hubiera entendido o sospechara que era una broma, y luego regresó a la caseta e hizo una llamada por teléfono.

Aunque no podía escuchar lo que decía, creí entender que deletreaba mi apellido. No le quitaba la vista a mi cédula de identidad. Cuando se dio cuenta de que lo miraba, giró el cuerpo y nos dio la espalda. ¿Y a este hueón qué le pasa?, me preguntó el chofer, pero en ese momento el guardia regresó hasta el auto y subió la barrera. Los estacionamientos de visita están al fondo, dijo, al lado de la plaza. Es el segundo edificio, departamento tres.

El edificio de Riquelme era una construcción con forma de pirámide trunca, sin el triángulo superior, y no se parecía a nada que yo hubiera visto. Comparado con el resto del condominio, formado por bloques grises comunes y corrientes, exactamente el tipo que uno se esperaría de un recinto militar, el edificio en que vivía Riquelme era como sacado del set de una película, más un templo o un mausoleo que un edificio de departamentos. Su color blanco inmaculado quemaba el pasto que lo rodeaba, y sobre los dinteles de los pisos superiores se podían distinguir peque-

ñas figuras grotescas, como las gárgolas que cuidan las antiguas catedrales. Me reí imaginando al militar de mal gusto que había aceptado un diseño tan ridículo, seguramente considerándolo «artístico», pero incluso así era imposible no verse afectado por la irracionalidad del edificio, sus proporciones desmedidas, su decoración macabra. Al llegar al estacionamiento, el chofer me dijo que iba a darse una vuelta por el barrio y que lo llamara cuando estuviera listo. Tanto milico lo ponía nervioso, dijo.

Unas horas antes, cuando llamé para confirmar la entrevista, averigüé que la mujer que contestaba el teléfono era la hermana de Riquelme, y que ella vivía en el departamento con una de sus nietas. Afuera alguien había dibujado un pentagrama sobre la puerta. Toqué el timbre, pero nadie respondió. Toqué un par de veces más sin obtener respuesta, y cuando estaba por llamar por teléfono escuché ruidos al otro lado del umbral. Cuatro pesados cerrojos, y luego el chirrido metálico de una barra, me dieron la impresión de estar entrando en una cripta. La puerta se abría hacia fuera, así que tuve que echarme hacia atrás cuando comenzó a moverse. Lo primero que vi de la niña que apareció al otro lado fueron sus brazos, el destello blanco de su camisa escolar, la piel oscura de sus muslos bajo su falda a tablillas, haciendo fuerza contra el armatoste de la puerta que apenas lograba mover. Sorprendido por la aparición de la niña, balbuceé mi nombre, el de la revista, y le conté que había hablado por teléfono con su abuela. Mi abuela no está, contestó, pero vuelve al tiro. Pasa, mi tío sabe que vienes.

La disposición de las habitaciones era tan extraña como la forma del edificio: un pasillo largo desembocaba sucesivamente en la cocina, en el living, en dos piezas de tamaño menor, y finalmente en un gran salón, donde la niña me dejó esperando. La pieza de Riquelme quedaba al fondo. Solo había una forma de desplazarse, en línea recta; cada habitación tenía dos puertas cerradas, una estrategia de defensa, como en un búnker. A pesar de que el salón recibía una gran cantidad de luz desde el techo, me atacó una sensación de claustrofobia. No había siquiera empezado a re-